

[Otra edición en: H. Bonet – R. Albiach – M. Gozalbes (coords.), *Catálogo de la colección romana del Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia*, Valencia, 2003, 45-54. ISBN: 84-7795-339-2. Versión digital, por cortesía de la autora, para la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes].

© Carmen Aranegui Gascó

Autores antiguos y modernos en torno a la arqueología romana valenciana

Carmen Aranegui Gascó
Universitat de Valencia

Reconstruir la historia de la investigación de la arqueología romana es un ejercicio de revalorización de la memoria prolijo y complicado. La historiografía es algo más que una crónica, porque enlaza una sucesión de estados de la cuestión que responden a lo que la investigación se formula en cada momento, en relación con conceptos que atañen a la historia, a las bellas artes, entendidas en un sentido amplio, y al pensamiento en general. Por eso la historiografía es algo más que la relación de coleccionistas de antigüedades en cualquiera de sus facetas.

ENTRE EL SIGLO XVI Y 1811.

En el caso valenciano el primer capítulo de la arqueología romana está ligado al teatro de Sagunt, monumento que reúne las condiciones para la reflexión sobre el clasicismo que la sociedad cultivada de cualquier lugar de Europa demandaba reiteradamente desde el Renacimiento. La arqueología romana estaba pendiente de armonizar teoría y práctica en la búsqueda de los valores universales en los que, por principio, el humanismo creía, y la arquitectura clásica se erigió en paradigma de tales valores. El tratado de Vitruvio y las ruinas de la antigüedad eran tenidos en cuenta en todas las academias, en todos los cenáculos eruditos, como exponentes de una visión del mundo equitativa, ajustada a normas, modelo por excelencia del triunfo de la proporción suscrito, pasado el tiempo, por ilustrados y neoclásicos. Y no es accidental que los restos de un teatro cobraran así protagonismo, no sólo cultural sino también político, como se desprende de las repetidas llamadas de atención respecto a la necesidad de conservarlo ⁽¹⁾.

Pero, volviendo al ambiente de los entendidos en arqueología romana, es conveniente recordar que, dado que los libros de Vitruvio no van acompañados de ilustraciones, había una verdadero afán de ver, dibujar, medir y modular los monumentos para contrastar la letra escrita con ejemplos, propuestos, no sin debate, en Italia, Francia e Inglaterra. Y también en España, gracias al valenciano José Ortiz, deán de Xàtiva. Los arquitectos-arqueólogos iban a Italia para aprender su profesión que tenía pendiente la definición de la normativa con la que realizar planos, alzados, secciones y perspectivas de la arquitectura de la antigüedad. Así se buscaba la *verdadera* imagen de esa realidad hasta entonces imaginada que era la ciudad clásica de la que, hasta la Ilustración, sólo se

¹ La conservación del teatro fue debatida en las Cortes de Cádiz cuando el avance de las tropas napoleónicas obligó a reforzar las defensas del Castell. No obstante la demolición de la cripta de la *summa cavea* para atender la inminente fortificación de la plaza, Suchet tomó Sagunt y, a su vez, modificó algunos elementos del Castell.

conocían discursos canónicos (Rodríguez 1987), que, sin embargo, reclamaban el curso de la forma. Y, en España, el único teatro que preservaba elementos constructivos a la vista era el de Sagunt.

La primera representación del teatro de Sagunt es la que realizó para Felipe II Van den Vyngaerde (1563) que no está hecha más que con un interés paisajístico, sin entrar en los análisis indispensables para los objetivos aludidos más arriba. Por eso, en la perspectiva de la historiografía que nos interesa, el modesto plano que para la descripción epistolar del teatro del Deán de Alicante Emmanuel Martí (1663-1737) trazó Miñana, hacia 1705 (Estellés y Pérez Durá 1991), abre la serie de los estudios sobre el monumento (Martí 1735), así como la contribución de autores valencianos a los mismos. Martí gozó de la consideración de la sociedad valenciana y tuvo renombre internacional; fue corresponsal de Gravina, de Montfaucon y de Gregorio Mayans y Siscar, y, sin duda, desarrolló estudios valorados en su tiempo (Martín y Rodríguez 1994). Sin embargo, el dedicado al teatro de Sagunt fue polémico y se vio desmerecido por el plano, del que Ponz (1789) escribió: *ni es planta, ni es alzado, sino un conjunto de cosas que se le figuraron a quien no era profesor*, en alusión a estar trazado al margen de la convención académica, lo cual, a su vez, alimentó los desacuerdos expresados después por Ortiz (1812).

Unos treinta años más tarde E. Palos ofrece desde Sagunt otra versión del mismo teatro (Palos 1739), acompañada de un plano con escala, dibujado tan a espaldas de cualquier pauta arquitectónica que suscita las iras del más notable de los anticuarios valencianos, José Ortiz y Sanz (1739-1822) (Bérchez 1981), activo académico de número de San Fernando, traductor de Vitruvio al castellano (Ortiz 1787), que ya había disentido del trabajo de Martí a quien, no obstante, tuvo que tratar como interlocutor académico. Distinto fue el talante con que arremetió contra Palos (Ortiz 1812), de formación mucho más modesta, contra sus pretensiones de ayuda por parte de la academia dado que Ortiz fue arrogante en su indiscutible saber y despectivo, en consecuencia, con quienes no entendían la arqueología desde una práctica internacional e ilustrada. Ciertamente este autor puso su empeño en dotar a la Academia de San Fernando de una versión propia del tratado de Vitruvio que aspiraba a ser, a la vez, referencia para cuantas obras se sometieran a su dictamen. Su plano del teatro de Sagunt (Ortiz 1807) constituye el inicio, luego frustrado, de un proyecto a partir del que pretendía ilustrar la arquitectura romana, como bien se ve en la triangulación del círculo de la *orchestra*, que supone un ejercicio de sello vitruviano repetido, hasta la actualidad, por muchos de cuantos han estudiado éste u otro teatro latino. La ejecución de maquetas a escala persigue, también, por su parte, el objetivo de crear modelos, siguiendo una práctica innovadora que se observa en las instituciones cultas de la época.

Distinto es el criterio de Laborde (1811) quien ilustra con grabados de corte más romántico, debidos a manos expertas y refinadas, realizados a finales del siglo XVIII, tanto el paisaje como la perspectiva del teatro de Sagunt, digno y predilecto edificio de la primera arqueología romana valenciana.

Antonio de Valcárcel Pío de Saboya (1748-1808), citado corrientemente por los valencianos con el título de Conde de Lumières -uno entre los muchos que ostentaba-, representa en esta etapa la primera figura de sabio valenciano ilustrado y arqueólogo, convencido de la responsabilidad de recopilar y ordenar los documentos romanos legados por la antigüedad, sin la pretensión de crear una teoría como perseguía el debate sobre el teatro romano, sino como una noble tarea, acorde con su relevancia social, de conjugar la historia y sus vestigios. Así lo prueba su disertación, prologada por Gregorio

Mayans y Siscar, sobre los *barros saguntinos* (Valcárcel 1779), *tan celebrados y estimados por los antiguos, monumentos dignos de aprecio, pero hasta ahora mirados con muy poca atención; por ellos sabemos las Familias que había en Sagunto; el primor con que aquellos buenos ciudadanos fomentaron las Fábricas, el modo con que signaban las piezas, y la excelencia de uno de los más célebres Municipios de España en labrarlas*, trabajo que lo convierte en ceramólogo *avant la lettre*. Para ello no dudó en dotarse de un gabinete y en diagnosticar sobre el lugar la importancia de los yacimientos arqueológicos, adelantándose a su tiempo en el estudio de su ciudad natal, Alicante, que identificó con *Lucentum*. Corresponsal de la Academia de la Historia, entregó a esta institución el original de sus *Inscripciones y Antigüedades del Reino de Valencia* en 1805, antes de los destrozos que supuso la Guerra de la Independencia, aunque el volumen, correctamente ilustrado por el académico Antonio Delgado, no vio la luz hasta 1852.

Esta época asiste también a la creación de las primeras colecciones de rango institucional, no estrictamente privadas, de piezas romanas valencianas. Destaca el Museo Arzobispal creado en Valencia bajo el patrocinio del arzobispo Fabián y Fuero, en donde se depositaron los hallazgos de la *villa* del Puig, de la excavación de Puçol, así como algún mosaico sepulcral de Sagunt, todo lo cual se dispersó, saqueó y, en definitiva, se perdió en el curso de la Guerra de 1811. Parece que corrieron la misma suerte algunas antigüedades romanas que había en el Palacio Real de Valencia.

Esta etapa de la historiografía, en el contexto español, otorga a los investigadores valencianos un puesto de excelencia, a tenor de lo que la ciencia reclamaba del pasado romano en aquellos tiempos, constituyendo una digna aportación historiográfica en la que, sin embargo, se evidencian marcadas diferencias entre quienes tenían vinculación académica y quienes no la tenían, estando los primeros integrados, casi sin excepción, en la jerarquía eclesiástica o en la aristocracia. La Academia de San Carlos, creada en 1764, con su colección artística de la que formaban parte algunas piezas romanas, fue un buen ejemplo de ello.

EL ORIGEN ROMANO DE LAS CIUDADES.-

A partir de las guerras napoleónicas la arqueología romana va a experimentar, por una parte, el proceso de democratización que es patente, en general, en la cultura y, por otra, un cambio de objetivos, de acuerdo con la concepción de la historia propia del momento. Respecto al primer punto cabe señalar que los autores de los estudios son ahora, en mayor medida, profesionales liberales vinculados, de alguna manera, a nuevas instituciones, bien sea a los museos que surgen tras la desamortización, o a sociedades modernas, libres de muchos de los anticuados prejuicios académicos, como las creadas al amparo de las Sociedades Económicas de Amigos del País. En relación con los objetivos, el interés por lo particular predomina ahora sobre aquella despótica obsesión dieciochesca por lo universal, de modo que no puede extrañarnos que el siglo XIX sea, sobre todo, el siglo en el que los arqueólogos escriben la historia de las ciudades, entendidas ahora en su proyección humana.

El proceso de desamortización de los bienes de la iglesia comienza en 1835 y pone en marcha la recuperación de los fondos histórico-artísticos para hacerlos accesibles al público. Para evitar la pérdida de inmuebles y obras de interés, se constituyen las Juntas Científico-Artísticas en todo el país, a la vez que empiezan a plantearse los museos provinciales. La creación de un museo depositario de tales riquezas se inicia en Valencia muy pronto, puesto que en 1836 se destina el convento del Carmen para este

fin, poniéndolo en 1838 bajo la dirección de la Academia de San Carlos. Tal museo se inauguró en 1839 y, en 1864, se constituyó en su seno el *Museo de Antigüedades*, ubicado en la capilla de Nuestra Señora de la Vida del secularizado convento del Carmen (Delicado 1996). Con las Juntas Provinciales de Monumentos en funcionamiento desde 1842, se crea el museo del colegio de Santo Domingo de Orihuela con rango provincial para Alicante, y en 1845 el de Castellón, todos ellos anteriores a la apertura al público del Museo Arqueológico Nacional, en 1867, entidad que había funcionado previamente como gabinete (AAVV 1993).

Sin embargo las Juntas, que en el caso de Valencia se mantuvieron hasta finales de siglo, no parecen haber desempeñado una labor arqueológica propiamente dicha, más allá de la recomendación a las ciudades de catalogar sus bienes así como, en Sagunt, de cuidar de la protección del teatro y del circo, como consta en el artículo 3º del acta de constitución de la sección tercera –arquitectura y arqueología– de la de Valencia, que dice:

...habiendo tenido ocasión de admirar en la antigua Sagunto, hoy Murviedro, la magnífica obra del Anfiteatro (sic) y los restos del Circo: le ordeno al Alcalde para que con el celo que le distingue se dedique constantemente a su conservación para que algunos paredones y arcos no se arruinasen. 2º. Cómo se adquiriría la posesión de la huerta y edificio que ocupa el antiquísimo Circo. 3º. Qué cantidad sería necesaria así para la conservación del Anfiteatro (sic) como para la del Circo: añadiendo si el presupuesto municipal de aquella villa podría comprender alguna partida para este objeto. Fdo. Miguel Antonio Camacho, a 28 de marzo de 1842

De ahí el interés de la aparición de otras asociaciones, como se desprende de la solicitud de creación de una Sociedad Arqueológica que velara por la conservación de las antigüedades hecha al gobernador de Valencia en 1853 por Vicente Boix (1813-1880), cronista de Valencia. Con respecto a Sagunt, destaca la concentración que el mismo Boix hiciera de inscripciones y fragmentos arquitectónicos en el teatro hacia 1860, actuación que ponen en entredicho tanto el papel del Museo Provincial como la autoridad de las Juntas y Comisiones, que debían canalizar hacia el mismo los objetos pertinentes. Pero más graves que esta decisión, que favoreció la unidad del patrimonio arqueológico saguntino, fueron otras mediante las cuales salieron antigüedades hacia Madrid.

Mayor repercusión, pese a su corta vida, tuvo entre nosotros la creación de la Sociedad Arqueológica Valenciana (1871-1881) a instancias de miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País (Goberna 1985), porque agrupó a coleccionistas, aficionados e investigadores, unidos por el interés de conocer y divulgar el pasado que, si bien todavía era entendido, básicamente, a partir de lo romano, se amplió en esta institución a las novedades de la prehistoria y al debate sobre el darwinismo, con una posición progresista que destaca en el ambiente español.

Pero, pese a ello, parecía sobreentenderse que las ciudades con historia, en nuestro medio, eran ciudades de origen romano, de modo que Valencia, Sagunt, *Ilici* (L'Alcúdia d'Elx) y Dénia merecieron la atención de los anticuarios más acreditados y es en sus respectivos estudios arqueológicos donde descubrimos los mejores resultados de la investigación decimonónica en arqueología clásica.

E.A. Llobregat resumió la categoría de Aureliano Ibarra y Manzoni (1834-1890), miembro fundador de la Academia Española de Roma, en el prólogo de la edición de su

Illici, su situación y antigüedades (1879) por parte del Instituto de Estudios Alicantinos de la Diputación de Alicante en 1981, con las siguientes palabras:

...muchas son las razones de ello: su calidad y riqueza de información la primordial, pues, junto con la Historia de Denia, del canónigo Roque Chabás, son los dos grandes monumentos de la historia y arqueología alicantinas que se salvan dentro de la copiosa producción decimonónica por la calidad de su información y la escrupulosidad de su investigación. Obras ambas dignas del más elevado juicio como continuadoras de la tradición ilustrada...

Es ciertamente encomiable ver el trabajo invertido en documentar metódicamente textos, inscripciones, capiteles, monedas... para dar a la ciudad en donde se ha tenido la fortuna de ver la luz una carta de presentación que eleva no sólo su rango sino también las acciones a las que están llamados sus hijos, pues estos libros suelen incluir un capítulo con la relación de ilustres del lugar. Y, lo que es más importante, obras como ésta destierran un recurso amparado en la ignorancia que vinculaba el origen de las ciudades al *diluvio universal* y a los hijos de Noé, propio de cronistas locales ajenos a la modernización de las fuentes históricas.

Roc Chabás (1844-1912) supone otro caso de ruptura con la falsa tradición genealógica de la *Diana Desenterrada* de M.A. Palau (n. 1543), a favor del documento y no es accidental el nombre de la revista *El Archivo* fundada por el canónigo, incansable valedor de la conservación del patrimonio arqueológico valenciano. Su *Historia de la ciudad de Denia* (1874) mantiene la identificación de *Hemerokopeion* como germen de la ciudad romana, reuniendo cuantos documentos textuales y arqueológicos se conservan en el momento y mostrándolos como pruebas de la tesis defendida que, si bien no ha sido suscrita por la investigación contemporánea, no procede de una lectura sesgada o inculta de las fuentes (Aranegui 1996).

El caso de Antonio Chabret (1846-1907) es diferente. Por una parte porque se trata de un médico culto que emprende el objetivo de glosar la historia de su ciudad, que ha recuperado su antiguo nombre según acuerdo de su ayuntamiento de 4 de mayo de 1863, sin el prurito de vincularse a la tradición ilustrada, como bien se desprende de las deficientes imágenes de su obra (Chabret 1888), y, por otra, porque *Saguntum* es una ciudad ibérica cuya relación con Roma pasa por la guerra contra Cartago, y a finales del siglo XIX, más que los estudios sobre sus grandes monumentos, que ya se habían hecho, su atractivo bascula hacia la heroicidad, la resistencia y la nobleza de sus gentes ibéricas, hasta el punto de convertirse en sinónimo de esa hispanidad que se crece contra el invasor, tan ensalzada por el casticismo, popular tras las guerras napoleónicas. Siendo la ciudad hispana con más referencias en los autores clásicos, los textos sobre Saguntum son reiterativos hasta la saciedad en su temática sobre la segunda guerra púnica, principal, si no única, razón de la atención que merece. De ello saca partido Teodoro Llorente en el prólogo de la obra de Chabret cuando escribe:

...los saguntinos, abandonados por los pueblos comarcanos, envidiosos por su grandeza, abandonados también por la ingrata Roma, a cuya alianza lo sacrifican todo; nos conmueven con su expectativa ansiosa del esperado socorro, y nos indigna la llegada de los mensajeros romanos, que en vez de auxilios eficaces, no traen más que protestas inútiles, desoídas por el Senado de Cartago...

La expresión de juicios de valor es el método de narrar la historia, nada más lejos del tratamiento de las fuentes promovido por los ilustrados.

Estamos asistiendo a un cambio de mentalidad a favor de las raíces ibéricas de las señas de identidad valencianas, que tendrá su repercusión en la asociación del topónimo *Tyris* (Fletcher 1953) de la *Ora Maritima* de Rufo Festo Avieno con la ocupación inicial del solar de *Valentia*, con tal de satisfacer una sensibilidad que rechaza el papel de la romanización en la configuración cultural del País Valenciano y, al postergarla, marca distancias con respecto a otras regiones de España. Aunque esta posición apenas tiene resonancia, ni entre los historiadores ni entre los arqueólogos, goza de popularidad, sobre todo a partir de los descubrimientos de fin de siglo, y en especial de la Dama d'Elx en 1897, cuando se empieza a profesar una admiración creciente hacia la cultura ibérica a lo ancho de toda la geografía valenciana.

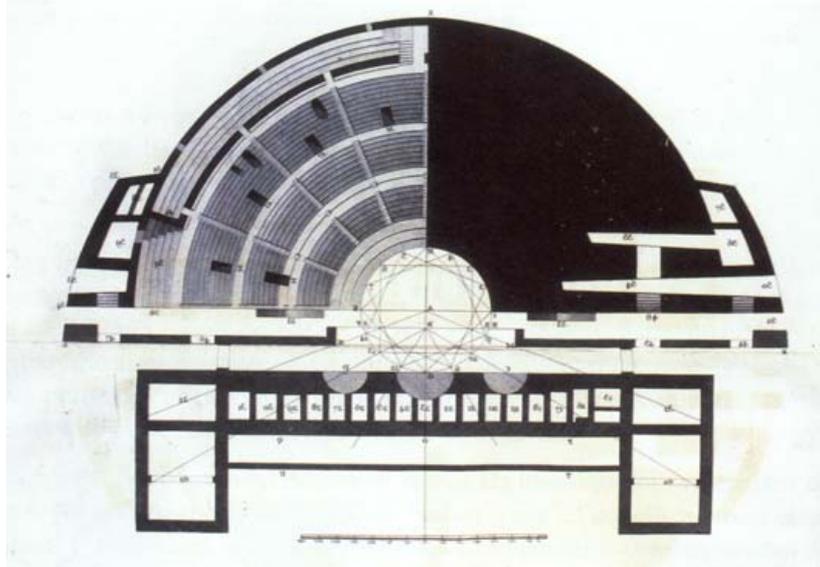
Precisamente esa situación explica que a principios de los años sesenta un grupo de profesores e investigadores replanteara la lectura de la fundación de Valencia con la excusa de su dos mil cien aniversario (AAVV 1962a). Las excavaciones de Tarradell en la entonces plaza de la Reina, las conferencias pronunciadas en el Ateneo Mercantil, los artículos editados en la revista *Saitabi*, que constituirían el primer volumen de los *Papeles del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia* (AAVV 1962b), insisten en la fecha del 138 a.C. como punto de partida de la ciudad, aplicando una lectura crítica tanto de los textos como de las clases cerámicas que se repiten en las excavaciones urbanas de aquellos momentos. Las colaboraciones de D. Fletcher, E. Pla, J. San Valero, G. Martín, A. Ubieto, E.A. Llobregat, J. Llorca, denotan la amplia voluntad de consenso que marca el inicio de la normalización en lo que a la arqueología romana valenciana se refiere, la cual se verá crecientemente nutrida (Sanchís Guarner 1972) por estudios epigráficos y numismáticos y, más tarde, por memorias de excavaciones cuando, a partir de los años ochenta, se multipliquen las intervenciones arqueológicas (Ribera 1998).

La apertura de las salas romanas del Museo de Prehistoria, creado con fines ajenos al estudio del pasado romano, culmina esa normalización al ofrecer el cierre del ciclo del mundo antiguo en la etapa en que tal ciclo llega a su fin. La civilización romana no atañe sólo al caso particular de la ciudad sino que supone la transformación de la cultura ibérica y su inserción, ahora ya no sólo comercial sino política, en el Mediterráneo.

BIBLIOGRAFÍA.-

- AAVV (1962a), *Dos Mil Cien años de Valencia*, Publicaciones del Ateneo Mercantil, Valencia.
- AAVV (1962b), *La ciudad romana de Valencia. Estudios Varios. PLAV 1*.
- AAVV (1993), *De gabinete a museo. Tres siglos de historia*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Aranegui Gascó, C. (1996), Los orígenes de la ciudad de Dénia en Roc Chabás, *Homenaje a Roc Chabás, Saitabi* 46, 13-27.
- Bérchez, J. (1981), J. F. Ortiz Sanz: correspondencia mantenida desde Roma a propósito de su traducción de Vitruvio (1780-1782), *Archivo de Arte Valenciano*, 62-70.
- Conyngnam, W. (1790), Observations on the Description of the Theatre of Saguntum, as given by Emanuel Marti, Dean of Alicant, in a Letter addressed to D. Antonio Felix Zondadario, *Transactions of the Royal Irish Academy III*, Antiquities, 21-46.
- Chabas, R. (1874), *Historia de la ciudad de Denia*, Denia.
- Chabret Fraga, A. (1888), *Sagunto. Su historia y sus monumentos*, Barcelona.
- De Laborde, A. (1811), *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, París.

- Delicado Martínez, F.J. (1996), Valencia y la creación de un Museo de Antigüedades, *Saitabi* 46, 389-405.
- Estellés, J.M.^a, Pérez Durá, J. (1991), *Sagunt. Antigüedad e Ilustración*, Generalitat Valenciana, IVEI, Valencia.
- Fletcher, D. (1953), La *Tyris* ibérica y la *Valentia* romana, *Boletín de la sociedad Castellonense de Cultura* XXIX, 291-300.
- Goberna, M.^a V. (1985), Arqueología y Prehistoria en el País Valenciano. Aportaciones a la historia de la investigación, *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Universidad de Alicante, 9-30.
- Ibarra y Manzoni, A. (1879), *Illici, su situación y antigüedades*, Alicante.
- Martí, E. (1735), *Enmanuelis Martini Ecclesia Alonensis Decani, Epistolarum libri duodecim*, libro IV, carta IX, Madrid.
- Martín, J., Rodríguez, E. (1994), Una fuente poco conocida en la historiografía del teatro romano de Sagunto: las *Observaciones* de William Conyngham (1789), *Braçal* 10, 107-143.
- Ortiz y Sanz, J. (1787), *Los diez libros de arquitectura de M. Vitruvio Polión*, Imprenta Real, Madrid.
- Ortiz y Sanz, J. (1807), *Viaje arquitectónico-anticuario de España. Descripción del teatro romano de Sagunto*, Imprenta Real, Madrid.
- Ortiz y Sanz, J. (1812), *Respuesta del Dr. Josef Ortiz a la carta que le dirigió D. Enrique Palos y Navarro. Antigüedades de Sagunto*, Valencia.
- Palau, M.A. (ed. 1975), *Diana desenterrada. Antiguas memorias y breve recopilación de los más antiguos sucesos de la ciudad de Denia y su famoso templo de Diana, desde su antiquísima fundación hasta el estado presente*, Diputación Provincial, Alicante.
- Palos, E., (1793), *Disertación sobre el teatro y circo de la ciudad de Sagunto, ahora villa de Murviedro*, Valencia.
- Ponz, A. (1789(3)), *Viage de España* IV, Madrid, 195-196.
- Ribera Lacomba, A. (1998), *La fundació de València*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia.
- Rodríguez Ruiz, D. (1987), Prólogo a la edición de M. Vitruvio Polión, *Los diez libros de arquitectura*, traducida y comentada por José Ortiz y Sanz en 1787, Akal, Madrid.
- Sanchis Guarner, M. (1972), *La ciutat de València. Síntesi d'Història i de Geografia urbana*, Albatros ed., Valencia.
- Valcárcel, A., Conde de Luniars (1779), *Barros Saguntinos. Disertación sobre estos monumentos antiguos*, Valencia .
- Valcárcel, A., Conde de Lumiares (1852), *Inscripciones y Antigüedades del Reino de Valencia*, Memorias de la Real Academia de la Historia VII, Madrid.
- Wyngaerde, A. Van den, (1563), en R.L. Kagan dir., *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de A. Van den Wyngaerde*, ed. El Viso, Madrid 1986.



Planta del teatro de Sagunto dibujada por J. Ortiz



El área del foro de Sagunto en un grabado de A. De Laborde